

*De las sociedades disciplinarias a las
sociedades de control.
Un fenómeno del proceso de globalización*

Mario Rodríguez Fernández
Universidad de Concepción

El fin de siglo marca en Chile una crisis generalizada de instituciones como la escuela, la universidad, el sistema hospitalario, las cárceles, la familia.

Se habla por todas partes de la necesidad de reformar la educación, la salud, la justicia, sin percibir que cualquier reforma está condenada al fracaso al tratarse de instituciones –escuelas, hospital y cárcel– destinadas a desaparecer porque pertenecen a un tipo de sociedad, la disciplinaria, en vías de extinción, en cuanto a que su técnica principal, el encierro, ya no funciona adecuadamente porque está siendo reemplazada por otra técnica, propia de la naciente sociedad de control, que no necesita para operar de los espacios cerrados.

Así hoy día proliferan las asistencias médicas domiciliarias, equipos de salud completos que llevan al hospital a la casa. La educación a distancia termina con el encierro escolar. Ya no se necesita tener encerrados a los enfermos, a los estudiantes, a los delincuentes (o, a lo más, se los encierra en la noche) porque se han inventado medios de control suficientes, entre ellos la computadora como medio de diagnóstico, enseñanza y castigo; si concordamos con Foucault en que a cada tipo de sociedad le corresponde un tipo de máquina, podríamos decir que la sociedad de control tiene su máquina adecuada en el ordenador, como la tuvo la sociedad de soberanía –del siglo XIII al XVII– en las máquinas dinámicas y las disciplinarias –siglo XVIII-XX– en las máquinas energéticas.

¿Cómo se podrían definir estos tres tipos de sociedades? La de soberanía puede entenderse como aquella en que la figura del rey decidía la muerte antes que administrar la vida, en tanto que la producción era un asunto a gravar y no algo a organizar. El segundo modelo, la sociedad disciplinaria, que hoy día estamos dejando atrás, opera, como dijimos, mediante la organización de grandes centros de encierro. Para disciplinar hay que encerrar (El internado estudiantil, por ejemplo). Uno de esos encierros, examinado por Foucault, es la fábrica, cuyos fines son concentrar, repartir en el espacio, ordenar en el tiempo y componer una fuerza productiva que debe superar las fuerzas componentes. El tercer modelo es la sociedad de control, al que estamos entrando y que es nuestro futuro amenazador.

En la sociedad disciplinaria un individuo pasa de un círculo cerrado a otro, cada uno con sus leyes: la familia, la escuela; círculos cerrados pero que tienen siempre una puerta de entrada y de salida (se entra a la escuela, se completa el ciclo y se sale de ella). Y a continuación de la escuela, la fábrica, la tienda, cada cierto tiempo el hospital y, a veces, la cárcel (el centro de encierro por excelencia).

La sociedad de control sustituye el moldeado de los encierros (son moldes que se relacionan mediante el lenguaje analógico) por modulaciones que hacen que el sujeto permanezca en órbita, como suspendido en una onda continua. Recurriendo al deporte, podríamos decir que el atleta de las sociedades disciplinarias es el campeón de los cien metros planos, un explosivo productor discontinuo de energía (parte-corre-para), mientras el campeón de las de control es el que mejor domina el *surf* (lo que importa es permanecer suspendido en la onda siguiendo sus pliegues y repliegues).

Lo anterior puede expresarse más claramente en la sustitución de la fábrica, propia de las sociedades disciplinarias, por la empresa que caracteriza a las de control. La empresa impone una modulación en cada salario mediante primas, incentivos, asignaciones por productividad, confrontaciones y premios que si no fueran estresantes para quienes concursan, serían bastante cómicos.

La fábrica hacía de los obreros un cuerpo que el patrón podía vigilar y castigar, pero que también el sindicato podía movilizar como una masa de resistentes. La empresa, por el contrario, al instaurar entre los individuos una rivalidad interminable en que todos compiten por un salario mayor, contrapone unos sujetos a otros, despedaza el cuerpo, a la masa, hace inútil el sindicato: ¿cómo se podría negociar por cada uno de los interesados? ¿Por el productivo y el que no lo es? Si no puede negociar por la masa el sindicato no sirve.

El principio modulador de los salarios, que lo que se gana debe corresponder a la productividad, se ha hecho extensivo en Chile a la universidad. La extensión tiene muchos defensores que invocan una sana competencia para elevar un nivel académico. El antiguo principio: a igualdad de funciones igualdad de remuneraciones, parece

pertenecer a un pasado casi abominable que nos recuerda el estatismo de los socialismos reales o un periodo impensable hoy día en Chile, el de la universidad gratuita.

En las sociedades de control, a diferencia de las disciplinarias, nunca se termina de aprender. Se impone la educación permanente, el perfeccionamiento del académico jamás termina, siempre hay un nuevo título que obtener, un posgrado, un postítulo. El dominio de la palabra “pos” es terrible.

Dicha estas cuestiones todavía muy generales, que tienen su base en proposiciones de Foucault y Deleuze, vamos a tratar de explorar un camino inédito: las relaciones de las sociedades disciplinarias y sus sucesoras, las de control, con la arquitectura. Foucault, al que se le atribuye ser el filósofo de los espacios cerrados, cárcel, hospital, manicomio, ha analizado en *Vigilar y castigar* un recinto de encierro típico de las sociedades disciplinarias: el panóptico, una estructura carcelaria (torre central y células periféricas iluminadas que podían ser controladas por un solo vigilante desde la torre) que yo opondría al *mall* de las sociedades de control, que es un conjunto de varias torres comunicadas por pasillos lineales acristalados, por los que circulan como nuevos presos los miles de clientes endeudados. Para entender la diferencia que propongo entre lo enrollado sobre sí mismo (el topo), propio del panóptico, y lo extendido (una serpiente cascabel que se desliza), que define al *mall*, recurriré a una forma arquitectónica intermedia entre las sociedades disciplinarias y las de control: el edificio caracol (serpiente anillada o boa).

¿Por qué Santiago está lleno de caracoles abandonados? Aventuro que es por el fracaso de una arquitectura híbrida: la que compete tanto al encierro como al control (la mezcla entre el topo y la serpiente). ¿Qué se pretende en ese lugar doble? ¿Encerrar el cliente o controlarlo? Lo último se puede hacer con mucha dificultad debido a las formas curvas que dificultan los controles electrónicos; el encierro tampoco se aprovecha porque al no poder controlar eficazmente al usuario debe encerrarse la mercancía en vitrinas, alejando la posibilidad de tocar, probar y manipular que permite el control que se realiza electrónicamente en las puertas del *mall*, barrera típica de los espacios abiertos.

Para entender mejor lo anterior, es preciso decir que lo que interesa del encierro no es la noción en sí. Es, más bien, el modo y el modelo con que se lleva a cabo el encierro. Así, en el siglo XVII el encierro de los locos se hace bajo el modo del exilio y el modelo del leproso; el encierro de los delincuentes en el siglo pasado se hacía bajo el modo de control y el modelo del apestado. Foucault tiene unas hermosas páginas sobre estos tipos de encierro. ¿Y cuál es el modo y el modelo de las sociedades de control? El modelo está claro: el del santo y seña compuesto en este caso por la tarjeta electrónica que contiene una cifra que marca o prohíbe el acceso al mercado: no hay saldo, se debe una cuota, o se puede comprar hasta...

En relación con el modo, creo que es el del endeudado. Alguien podrá decir:

yo siempre pago al contado, no importa el modo de control de las grandes tiendas pasa por el endeudamiento.

En realidad, el encierro y el control no son otra cosa que formas del poder que organizan el espacio para vigilar y castigar. Por ello la arquitectura va a ser siempre una cuestión política. Así, en las sociedades de soberanía, el palacio y la iglesia constituían las grandes formas donde se manifestaba el poder del soberano y el poder de Dios. Se construía para manifestar ese poder. Por su parte, las sociedades disciplinarias construyeron en torno a otras exigencias: las económico-políticas. A la casa que era antes un espacio indiferenciado para una familia obrera, se le introducen separaciones que significan la prescripción de un tipo de moralidad que favorece la producción: un espacio para cocinar, otro para comer y otro para procrear (el dormitorio de los padres, que exige un lugar distinto para los hijos).

Esta distribución de los espacios pervive hoy en gran medida. Lo que ha cambiado son las formas de acceso, controladas por múltiples barreras electrónicas: el llamado portero electrónico, las alarmas, el panel en que debe marcarse una cifra para entrar (el santo y seña), etcétera.

Condominios, edificios de departamentos, mansiones, se han transformado en verdaderas fortalezas, mejor, en nuevos espacios sagrados –iglesias, mezquitas, conventos– donde solo pueden entrar los elegidos.

Un problema de este modelo de control es que la arquitectura debe cumplir con las exigencias de la nueva moral de las clases adineradas, curiosa moral que combina el derroche con un atesoramiento de la luz y el sol. Así, los grandes ventanales, los extendidos balcones, las amplias terrazas dejan entrar la luz a raudales, pero favorecen la intromisión de intrusos y delincuentes ¿Qué hacer?

Estamos aquí frente a un grave problema que presenta la sociedad de control que se está desarrollando hoy en Chile. El capitalismo salvaje que la caracteriza ha creado cuatro millones de pobres. Demasiado insolventes para endeudarlos, demasiado numerosos para encerrarlos. ¿Qué hacer con esos improductivos que recurren a la violencia como forma de resistir la marginación? ¿Educarlos? ¿Abrir las posibilidades de empleo? Ninguna solución positiva podrá resultar porque el sistema necesita de los marginados para conseguir el fin último del mercado inhumano: concentrar la riqueza en unas pocas manos. Repartirla, hacerla circular en las grandes masas significaría el colapso del sistema: inflación en los precios y en el Estado, que de una entidad minusválida tendría que crecer como un gigante. Parece que tampoco son posibles las soluciones represoras: ampliar las cárceles, “tolerancia cero”, término de las libertades provisionales, porque como ya dijimos, los marginados son inherentes al sistema, es un insumo que tiene un precio: la violencia, que la sociedad debe cancelar.

Transformar la universidad en empresa, la salud en empresa, la educación

municipal en empresa, el campo en empresa, la cultura en empresa, es el origen de estos millones de marginados y de sus formas de resistencia: la delincuencia, la droga.

Incluso, cómicamente, se podría decir que las quejas de los políticos acerca de que no hay interés en participar en elecciones y contiendas electorales son contradictorias, por cuanto son ellos los que han construido un país empresa que lógicamente debe ser dirigido por empresarios y no políticos.

Estos aspectos sombríos del modelo pueden llegar a producir una regresión arquitectónica en que los muros, las rejas, las tapias de protección contra los delincuentes entren en conflicto con la necesidad de luz, del “poder por transparencia” que exige la sociedad de control. Ya las sociedades disciplinarias para instaurar su nuevo orden moral y político emprendieron una lucha frontal contra los espacios oscuros de la sociedad, que impedían la entera visibilidad de las cosas, las gentes, las verdades. Los castillos, los hospitales, los depósitos de cadáveres, los conventos, fueron vistos como cámaras oscuras en las que se tejían las supersticiones, los caprichos del monarca, las epidemias, la ignorancia y el fanatismo. De ahí su interés por el panoptismo –ver todo sin ser visto– que le proporciona al poder el atributo de iluminar todos los rincones sombríos del hombre.

A pesar de que las sociedades de control, como he dicho, no necesitan del panóptico, ya que la torre central ha sido reemplazada por la pantalla del televisor, es indudable que para controlar necesita de las claridades y las transparencias. Una empresa debe ser totalmente legible a la primera mirada, nada de muros detrás de los cuales se puedan hacer invisibles los ejecutivos, paneles transparentes por todas partes. Y no solo eso, sino también los gastos y entradas, los incentivos concursables, los presupuestos, deben ofrecer la misma legibilidad.

¿Cómo sustraer todo ello a la violencia de los delincuentes? ¿Regesando a formas arquitectónicas del pasado, como la fortaleza, o al impedimento de la visibilidad que significan muros, tapias y fosos? Sin duda que ello es imposible. Pero hay una solución que está en la base misma de la sociedad de control: aislar la manada de los pobres en barriadas marginales de las que cuesta mucho salir porque se han creado toda clase de barreras: falta de transporte público, vigilancia policíaca, redes interiores de delincuencia que atacan a los que vuelven del llamado “centro”, etc. En un futuro próximo tal vez se inventen barreras electrónicas que solo permitan salir mediante una tarjeta o un collarín conectado a computadoras que facilitan la ubicación en todo momento del posible malhechor. La visión posmoderna del panóptico.

Así el *mall*, los paseos peatonales, las mansiones luminosas de las clases acomodadas, los gerentes detrás de sus paneles transparentes, estarán libres de la violencia de los nuevos apestados: los pobres.

Si lo anterior parece excesivo, léase a Guattari que ya ha escrito sobre ello, o

analicemos la “tolerancia cero” –despejar las calles de indeseados– tan celebrada y tan próxima a aplicarse en Chile.

Como puede verse, a pesar de que los filósofos modernos más prestigiosos, Heidegger, por ejemplo, han propuesto como el gran tema de reflexión de la modernidad el tópico del tiempo, no es menos importante el del espacio.

Hacer una “historia de los espacios” (como la que hizo Braudel de los espacios marítimos) es realizar una historia de los poderes –en términos de Foucault– que pasaría por las grandes estrategias geopolíticas hasta las pequeñas tácticas de la arquitectura institucional, de la escuela o de los hospitales. Por ejemplo, el concepto de higiene social, nacido en el siglo XVIII, produjo toda una nueva distribución de los espacios hospitalarios en la que la ventilación era un factor fundamental. Había que construir pensando en la adecuada ventilación.

El ejemplo me permite terminar con una reafirmación de lo dicho en relación con la arquitectura. Ella es un modo de organización política ligada a los problemas de salud, de población, en rigor, a las formas que asume el poder en las sociedades que hemos llamado –siguiendo a Foucault– de soberanía, disciplinarias y de control.

El problema real en Chile de fines del siglo XX y comienzos del XXI no es discutir en torno a invenciones, a fábulas idealizadoras como la posmodernidad o la muerte de las ideologías. El problema concreto es el problema del poder y de las luchas, resistencias y rebeliones contra él.

En las sociedades disciplinarias los obreros, los presos, los campesinos elaboraron sus propias formas de lucha. En el caso paradigmático de los obreros, ellos fueron creadores desde grandes estrategias como la huelga, hasta pequeñas tácticas como el sagrado “San Lunes”. ¿Qué estrategias se pueden elaborar o se están elaborando ya para resistir el poder en las sociedades de control?

No lo sé. “El no estar ni ahí” puede ser una, o la droga ¿Ciertas formas de delinquir, tal vez?

Las formas de lucha contra el poder son operativas si son concretas y se ven caso a caso: quiénes están en la lucha, desde qué lugar luchan, qué instrumentos utilizan y a qué racionalidad obedecen. La vieja y pura contradicción hoy día ya no funciona.

¿Aceptaremos sin lucha la imposición del modelo?